

PRESENTACIÓN

LORENZO DELGADO Y M.^a DOLORES ELIZALDE

El ascenso de Estados Unidos al rango de primera potencia mundial constituyó un proceso imparable en el transcurso del siglo XX. La historia de Europa resulta incomprensible sin la referencia al coloso norteamericano, no sólo por su crucial participación en las dos guerras mundiales que azotaron el continente, sino también y sobre todo por la influencia que ejerció en el mundo occidental, en especial a partir de la segunda posguerra mundial. El desembarco estadounidense en Europa para luchar contra la Alemania nazi fue portador, de forma probablemente involuntaria, de una semilla que iba a transformar la sociedad europea en múltiples facetas: políticas, económicas, militares, sociales y culturales. Aquella irradiación estadounidense había comenzado tiempo atrás, pero hasta entonces sus efectos, aunque importantes, habían sido limitados. Estados Unidos irrumpió en la escena internacional en los últimos años del siglo XIX y fue implicándose progresivamente en los problemas mundiales, hasta adquirir un protagonismo internacional que resultaba incuestionable a la altura de 1945. En aquella coyuntura se había convertido en una de las superpotencias que emergieron de la devastación europea. Con el discurrir del siglo su victoria en la pugna con la Unión Soviética le ganó el apelativo de hiperpotencia. Desde entonces, el sistema internacional ha girado en buena medida en torno a la política exterior estadounidense. Su propensión hacia el unilateralismo o el multilateralismo condiciona el futuro desarrollo de las relaciones internacionales.

Resulta sorprendente que en un país como España, donde la proyección norteamericana no ha sido menor que en otros países euro-

peos, y donde Estados Unidos ejerció un evidente papel de intermediario con el mundo occidental tras el fin del ostracismo del régimen franquista, apenas se haya indagado en aquella conexión bilateral. La sombra de los pactos militares de 1953 ha sido muy alargada, tanto que apenas ha dejado ver el resto. Durante el siglo XX Estados Unidos ha estado presente de múltiples formas en la sociedad española. Quizás la más evidente fueran las bases instaladas en nuestro territorio, pero qué decir de las repercusiones que han tenido los conocimientos generados al otro lado del Atlántico en los campos técnicos, científicos, humanísticos o artísticos; cómo ignorar sus aportaciones en el mundo de la economía y los negocios, en la sociología y las relaciones públicas, en la concepción de las ciudades y sus espacios de ocio, en el cambio de mentalidades y la expansión de la sociedad de consumo, etc. Hace ya décadas que la influencia americana forma parte, con mayor o menor intensidad, de la realidad cotidiana de los españoles. Basta una simple mirada a nuestro entorno para darse cuenta que el *made in USA* representa un factor habitual de nuestras vidas.

Sin embargo, tales vivencias aún no han dado lugar a una reflexión sobre los mecanismos de propagación de esa influencia o sobre su alcance en los diversos ámbitos. No es un fenómeno nuevo y, en parte, podría estar asociado con las vetustas, y erróneas, especulaciones sobre la singularidad española. Estados Unidos ha jugado un papel internacional determinante en el pasado siglo XX, pues bien, ¿cuáles son nuestros conocimientos sobre la historia de Estados Unidos en la pluralidad de sus manifestaciones?, ¿y sobre las relaciones hispano-norteamericanas? La respuesta no es alentadora: pocos, muy escasos dada la magnitud del asunto en cuestión. No ayuda mucho la práctica inexistencia de instituciones universitarias o científicas susceptibles de generar ese conocimiento. En los departamentos de Historia de América de nuestras universidades, sin duda los más extendidos entre los orientados hacia el estudio de otras regiones del planeta, el grueso de los contenidos está dedicado a América Latina. Una herencia de nuestro pasado colonial y de las reminiscencias de la relectura histórica con que el franquismo trató de legitimar su acción exterior.

En un país que aspira a jugar un papel internacional activo se hace cada vez más necesaria la creación de centros que estudien y analicen la trama de las relaciones internacionales, y por supuesto la integración española en ese horizonte exterior. En esos foros habrá que abordar, sin duda, el devenir internacional de Estados Unidos y sus relaciones con España. La presente obra busca situarse en esa línea, por medio de una reflexión sobre las claves de esa conexión bilateral durante el siglo XX. En los últimos años parece asistirse a un renovado interés por el tema, al que sin duda ha contribuido la polémica sobre la intervención española en la guerra de Irak y las controversias de-

satadas entre la inclinación atlantista o europeísta de nuestra política exterior.

Con el ánimo de aportar elementos de análisis histórico para comprender mejor el presente, el CSIC en colaboración con la Agencia Española de Cooperación Internacional y el Colegio Mayor Universitario «Nuestra Señora de África» organizó en los años 2002 y 2003 dos cursos de especialización sobre *España y Estados Unidos en el siglo XX*. En ellos radica el origen del presente libro. También en 2002 la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Complutense de Madrid desarrolló un seminario interdisciplinar dedicado a *La americanización de España. 50 años de influencia económica y social*. Al año siguiente, entre los cursos de verano de la Universidad Complutense celebrados en El Escorial se incluyó el consagrado a *50 años de relaciones entre España y los Estados Unidos*, algunas de cuyas ponencias han aparecido en un monográfico de la revista *Cuadernos de Historia Contemporánea* (vol. 25, 2003). Asimismo, antes de acabar aquel año, la embajada española en Washington conmemoró el cincuentenario de la firma de los pactos hispano-norteamericanos con la organización del simposio titulado *1953-2003: Half a Century of Agreements between the United States and Spain*.

Los investigadores que participan en esta obra han tratado de contribuir a mejorar los conocimientos existentes sobre las relaciones entre España y Estados Unidos. Un tema fundamental para la indagación en la propia historia de nuestro país en la pasada centuria al que, sin embargo, se le ha prestado una escasa atención que no se corresponde con su relevancia. La potencia americana ha tenido una influencia preferente en el discurrir internacional del siglo XX, incluido el caso español, ante la cual no se puede ser indiferente ni ignorante y que, en consecuencia, resulta preciso conocer en sus justos términos.

El punto de partida en las relaciones entre los dos países, estudiado en esta obra por M.^a Dolores Elizalde, fue un momento conflictivo: la creciente intervención de Estados Unidos en las colonias españolas condujo al estallido de la guerra hispano-norteamericana en 1898. Su resultado supuso, para España, la pérdida de los últimos enclaves de su imperio, la quiebra de la posición que había ocupado hasta entonces en la escena internacional, el definitivo recogimiento hacia un ámbito territorial mucho más restringido y la búsqueda en Europa de apoyos exteriores que garantizaran su situación. Por contra, para Estados Unidos, la guerra significó la afirmación de una política imperialista y el inicio de una irreversible implicación fuera de sus fronteras continentales. Era el momento del reparto de áreas de influencia y Estados Unidos quiso afirmar su interés por el control sobre el Caribe, Latinoamérica y el Pacífico. Se inició así una nueva orientación exterior de Estados Unidos, que reclamó un papel prota-

gonista en los asuntos mundiales y reivindicó su influencia sobre los ámbitos que consideraba de interés preferente para su nación.

El resultado de la guerra hispano-norteamericana no supuso, empero, un definitivo distanciamiento en las relaciones entre ambos países ni dejó graves rencores entre los adversarios. A pesar de las negativas imágenes sobre el contrario que se esgrimieron durante el conflicto, y tras unos años en que los dos países se volcaron hacia diferentes áreas de actuación —Latinoamérica y Asia en el caso norteamericano, Europa y el norte de África, en el español—, españoles y norteamericanos reanudaron los contactos. En el primer tercio del siglo XX, Estados Unidos se convirtió en un referente para la modernización económica, técnica y militar que España deseaba emprender. Paralelamente, en los años veinte se produjo un incremento de las inversiones norteamericanas en España. Compañías eléctricas, telefónicas y automovilísticas estadounidenses se situaron en la vanguardia de estos sectores en la economía española. La penetración del modelo norteamericano, junto con la introducción de su maquinaria y sus técnicas, se extendieron entre las empresas españolas. Los militares, especialmente los marinos, acudieron a formarse a academias norteamericanas, conscientes de que eran el ejemplo a seguir.

También las relaciones culturales y científicas entre ambos países se consolidaron en el primer tercio del siglo. Antonio Niño analiza en este trabajo el establecimiento de los contactos culturales, explicando el papel desempeñado en ese proceso por distintos círculos intelectuales y por instituciones como el Instituto de Señoritas de Madrid, el Instituto de las Españas de Nueva York, la Junta para la Ampliación de Estudios, la Fundación Rockefeller o la Fundación del Amo. A través de la labor de esos centros y núcleos de inspiración reformista y progresista, en los años treinta se había conseguido crear una tupida red de contactos e intercambios culturales y científicos entre personas e instituciones españolas y estadounidenses. Todo ello se interrumpiría a partir de la guerra civil española. Hubo que esperar hasta los años cincuenta para restablecer paulatinamente aquellos nexos culturales y científicos entre ambos países, si bien a través de los exiliados españoles en Estados Unidos algunos núcleos del hispanismo norteamericano ampliaron sus conocimientos sobre la cultura y la sociedad españolas. Sobre la génesis de ese hispanismo en las décadas iniciales del siglo se ocupa James Fernández, ligándolo a la creciente atención por la lengua española y su propagación en el sistema universitario norteamericano. Una dinámica en la que pesó de forma notable el interés norteamericano por América Latina.

Durante la Segunda República y la Guerra Civil española, tal como nos explica Gabriel Jackson, la actitud estadounidense osciló entre la simpatía hacia la legalidad republicana y el temor a una bol-

chevización de España; entre el pragmatismo estatal, contrario a cualquier intervención en un conflicto extranjero que no incumbiera a sus intereses nacionales, y la participación entusiasta de los brigadistas internacionales. Las relaciones entre ambos países se distanciaron durante la II República y se quebraron en la guerra civil española, a pesar de la importancia de las corrientes de colaboración que determinados sectores de la población establecieron más allá de las políticas gubernamentales.

La intervención norteamericana en la posterior guerra mundial tuvo consecuencias mucho más amplias que las derivadas del primero de aquellos conflictos. La situación europea era más delicada e inestable que en los años veinte, la destrucción había sido mayor, la necesidad de recurrir a una ayuda externa para la reconstrucción se tornó más imperiosa. Retornar al aislacionismo desentendiéndose de los sucesos europeos, como ocurrió en el pasado, podía pasar de nuevo factura. Además, la recuperación del mercado europeo resultaba de suma importancia para la producción y el comercio norteamericanos. Y, por si fuera poco, estaba la Unión Soviética, que aunque había sufrido con brutal virulencia los embates de la contienda bélica salía del conflicto fortalecida en su potencial militar y su prestigio internacional. Como nos relata Gérard Bossuat, Estados Unidos se implicó de forma creciente en la organización del mundo occidental de la posguerra. Las fuertes tensiones políticas que se sucedieron en diversos escenarios geográficos acabaron conduciendo al enfrentamiento soterrado con la Unión Soviética, la deriva hacia la guerra fría. Los efectos de esa nueva situación se harían sentir con singular relieve en Europa. El Plan Marshall, la firma del tratado constitutivo de la OTAN o el apoyo a los primeros pasos de la construcción europea, fueron sucesivas manifestaciones de la prioridad que otorgó Estados Unidos a la política europea cuando menos hasta mediados de los años cincuenta.

Por otro lado, la incuestionable supremacía económica con que Estados Unidos emergió de la guerra mundial acentuó la irradiación de su modelo hacia Europa, generando un proceso de americanización que puede analizarse a través de múltiples dimensiones, como ha puesto de relieve Dominique Barjot. La guerra no fue agente de destrucción y pobreza en Estados Unidos, sino de estímulo de la producción y enriquecimiento. Sus reservas de oro alcanzaron el 75 por ciento del *stock* mundial, el dólar se convirtió en la moneda de los intercambios comerciales internacionales. Preservada de los daños que causó el conflicto en las metrópolis industrializadas más importantes, la economía norteamericana y su capacidad productiva aparecían como referencia inexcusable para emprender la reconstrucción en el resto de los países. La disponibilidad de medios de pago en la divisa

estadounidense, o en su defecto la concesión de asistencia financiera o económica, resultaban imprescindibles para asegurar el retorno de la prosperidad. El Plan Marshall iba a ilustrar cómo la economía se situaba en vanguardia de la política norteamericana.

Estados Unidos simultaneó su ayuda económica con una campaña de difusión del *American way of life* entre los europeos occidentales. La acción concertada de gobernantes y hombres de negocios favoreció la apertura de los mercados exteriores a los productos norteamericanos, impulsó la penetración de sus redes financieras y la divulgación de sus métodos empresariales, e hizo posible la hegemonía lingüística que iba a alcanzar el inglés a partir de entonces. En esa acción se combinaba el interés político de divulgar una buena imagen del país con los móviles económicos de promover sus exportaciones y crear las condiciones para la demanda de nuevos productos. La influencia estadounidense se hizo sentir en la reorganización de las estructuras productivas y de los intercambios comerciales, en la adopción de nuevos sistemas de gestión, en las transferencias de tecnología, etc. Sin embargo, sus efectos fueron irregulares, según los países y los sectores productivos, dando lugar a distintos procesos de adopción, adaptación e incluso hibridación con respecto a las pautas de modernización procedentes de Estados Unidos.

España no permaneció al margen de aquella oleada de americanización, si bien la dictadura franquista provocó que esa influencia adquiriera ciertos rasgos diferenciales. A menudo se ha transmitido a la opinión pública española la idea de que el país vivió ajeno, o casi, a todo el cúmulo de acontecimientos que tenían lugar más allá de sus fronteras. Sin duda la dictadura franquista, sobre todo a partir del momento en que se convirtió en un sistema político repudiado en la Europa de la posguerra, impuso severas restricciones a los contactos con el exterior. Era una manera de asegurarse el control de la información, de proyectar la imagen del mundo que mejor cuadraba a sus propósitos. La opinión pública era concebida como una caja de resonancia, ante la cual se exaltaban los limitados éxitos que se obtenían en la escena internacional y se silenciaban los fracasos. Pero independientemente del filtro propagandístico con que los españoles recibían las noticias del mundo exterior, su gobierno hubo de afrontar los desafíos que se presentaron al concluir el conflicto mundial, toda vez que el franquismo aparecía como un paria internacional. Su proclividad hacia las naciones del Eje y las facilidades que les otorgó representaron una seria preocupación para las potencias aliadas. En la inmediata posguerra esa sintonía con la causa fascista supuso un fuerte escollo para lograr el acomodo en el sistema internacional erigido por los vencedores. Desde Estados Unidos se contempló al régi-

men franquista como una anomalía que debía desaparecer lo antes posible, aunque el contencioso español ocupó un papel secundario dentro del conjunto de su política europea.

La postura numantina que adoptó la dictadura franquista para sortear aquella difícil coyuntura se benefició del cambio gradual que experimentó el contexto internacional, con la sustitución del antifascismo heredado de la guerra mundial por un creciente anticomunismo convertido en polo aglutinador del bloque occidental. También tuvo a su favor la renuencia de las potencias occidentales a asumir una intervención directa que desestabilizase al régimen, ante el riesgo de provocar un deslizamiento revolucionario en España que favoreciese los intereses de la Unión Soviética. Poco a poco, la política estadounidense acabó asumiendo que la colaboración con las autoridades españolas podía resultar más ventajosa que forzar un cambio político de imprevisibles consecuencias. El camino tardó en allanarse como nos muestra Florentino Portero, pero finalmente las consideraciones ideológicas dejaron paso a los requerimientos estratégicos. El enclave geográfico peninsular y el anticomunismo de la dictadura acabaron por inclinar la balanza. El país pagó un elevado precio por el hecho diferencial del franquismo: no se consiguió participar en el Plan Marshall, ni en la OTAN, ni en los organismos que jalonaron el camino hacia la construcción europea. La rehabilitación internacional vino de la mano de Estados Unidos, mediante los pactos hispano-estadounidenses de 1953. Con ellos terminó definitivamente la época de aislamiento exterior, aunque tal aislamiento nunca fuera tan intenso como a veces se ha transmitido.

La relación entablada con la primera potencia occidental aparejó desde sus inicios un marcado desequilibrio. El régimen franquista aceptó una fuerte subordinación a los intereses militares de Estados Unidos, a cambio de una financiación económica que resultó insuficiente para cubrir las necesidades del país. Lo cierto es que el nuevo socio americano nunca pretendió, ni tampoco se comprometió a ello, financiar la modernización del aparato productivo español, le bastaba con sufragar la disponibilidad de aquel país a participar en su engranaje militar. Tal era, a fin de cuentas, el objetivo de su presencia en España y la razón de su tolerancia con la dictadura. Sin embargo, el programa de ayuda económica, puesto en marcha por Estados Unidos como un medio de cooperar a sus móviles de seguridad también contribuyó al crecimiento y a la modernización del país, como nos describe Núria Puig. Las iniciativas de las agencias oficiales norteamericanas, de los inversores de aquel país que encontraron un escenario propicio para sus negocios, proyectaron su influencia sobre los empresarios más dinámicos del país. Los suministros y créditos americanos fueron importantes para mitigar los estrangulamientos pro-

ductivos que lastraban la economía española y para disminuir las penurias alimenticias que sufría una parte de su población. Pero tan relevante como lo anterior fue la constitución de núcleos de personas, tanto en la administración como en las empresas privadas, que se convirtieron en canales de promoción de los métodos e ideas predominantes en el entramado productivo occidental que, por entonces, tenía un claro marchamo estadounidense.

Otro terreno donde la influencia norteamericana tuvo efectos apreciables fue en la formación de capital humano, por medio de su aportación para elevar el nivel científico-técnico de los cuadros profesionales que el país precisaba para impulsar su modernización. Desde los años cincuenta España comenzó a ser incluida en los circuitos del intercambio educativo, técnico y científico auspiciado por Estados Unidos. Por tales cauces acudieron a formarse a aquel país varios miles de españoles en el marco de una serie de programas, tal y como examina Lorenzo Delgado. Además de cooperar al desarrollo español, se trataba de una vía para permeabilizar a un sector de sus élites con los esquemas políticos, económicos, sociales y culturales predominantes en el mundo occidental. También desempeñaba otra función añadida, crear un clima de opinión favorable al mantenimiento de las bases americanas en España y, simultáneamente, tejer una sólida red de contactos que podrían ser vitales para no perder las posiciones adquiridas cuando llegase la hora de la transición política española.

El retorno de la democracia iba a permitir recobrar paulatinamente una relación bilateral más equilibrada en el terreno político-estratégico, como analiza Angel Viñas. Todos los gobiernos españoles abordaron ese desafío, en un escenario donde se superpusieron las controversias políticas e ideológicas internas sobre la entrada y permanencia en la OTAN, junto a la percepción negativa existente en la opinión pública por la simbiosis entre el régimen franquista y Estados Unidos. Las sucesivas renegociaciones de los acuerdos bilaterales fueron disminuyendo el umbral de tolerancia y laxitud concedido previamente por la administración española a su interlocutor norteamericano. Aquel forcejeo alcanzó su momento culminante en el convenio suscrito en 1988, que marcó un punto de no retorno en el proceso de reequilibrio de las relaciones y se plasmó, entre otras medidas, en una sensible reducción de los efectivos militares americanos destacados en España. El anclaje en la Europa comunitaria, al lado del mayoritario respaldo de la opinión pública del país, fueron determinantes para que el gobierno español se sintiese plenamente consolidado para afrontar aquella decisión. En lo sucesivo, la agenda bilateral dejó de estar marcada por el ajuste de cuentas con el pasado para ocuparse de los retos venideros.

Por último, hemos querido traducir en imágenes algunos de los momentos o elementos claves de la relación entre España y Estados Unidos, para lo que hemos contado con la ayuda de José Antonio Montero. La selección gráfica que se ofrece, aderezada por un oportuno comentario introductorio, abarca desde la guerra de 1898 hasta la firma del primer tratado de amistad y cooperación tras el restablecimiento de la democracia, en 1976. Caricaturas, fotos y carteles, componen una apretada síntesis de una rica variedad de soportes en que se plasmaron algunas de las instantáneas de todo un siglo. La recopilación, somos conscientes, se queda corta en comparación con las ramificaciones del vínculo bilateral, con la pluralidad de contenidos que compusieron un puzzle del que aún no hemos hecho sino comenzar a ensamblar las primeras piezas.

La obra que aquí se presenta aspira, en definitiva, a trazar una panorámica de conjunto de la evolución de las relaciones entre España y Estados Unidos en el siglo XX. Una panorámica incompleta, bien es cierto, pero por ello mismo necesaria para tomar conciencia de hasta donde llegan nuestros conocimientos y el camino que aún nos queda por recorrer. En ese camino, a nuestro juicio, la importancia de las relaciones entre España y Estados Unidos estará fuera de discusión. Es indudable que las sintonías o diferencias que se establezcan entre los respectivos gobiernos modularán la conexión bilateral, le darán mayor o menor visibilidad, crearán una atmósfera más cercana o distante. Pero, más allá de los gobiernos, a estas alturas, las relaciones entre ambos países implican de forma creciente a sus sociedades. Los vínculos desarrollados han tejido una tupida red de comunicación e intercambio en las relaciones económicas, tecnológicas, militares, científicas, culturales y sociales, y han adquirido una densidad e intensidad que está por encima de situaciones políticas coyunturales.

Los editores del libro queremos dejar patente nuestro agradecimiento a las personas e instituciones que han hecho posible este trabajo. En primer lugar, al grupo de profesores que aceptaron impartir sus conferencias en los cursos de especialización del CSIC organizados sobre esta materia y que, más tarde, convirtieron en textos susceptibles de publicación. Su colaboración ha sido entusiasta y enriquecedora. Nuestra gratitud también para los estudiantes que nos acompañaron en aquellas sesiones, por su interés y sus sugerentes intervenciones en los vivos debates que se generaron. El apoyo y los medios puestos a nuestra disposición por el CSIC, la AECl y el Colegio Mayor Universitario «Nuestra Señora de África» permitieron que esta empresa llegara a buen puerto, a ellos pues nuestro sincero reconocimiento. Un agradecimiento que, finalmente, queremos hacer extensible al entonces Ministerio de Ciencia y Tecnología y a la Comu-

nidad de Madrid, por la financiación otorgada a sendos proyectos de investigación que dieron soporte científico a nuestras inquietudes, y a la Comisión Fulbright por su apoyo en el desarrollo de algunos de los trabajos que aquí se ofrecen y, sobre todo, por la labor que llevan a cabo para fomentar los contactos y el conocimiento recíproco entre ambas sociedades.